
Los impresos: construcción de una comunidad cultural. México, 1800-1855

Laura Suárez de la Torre*

Escribir en torno al ámbito editorial en el siglo XIX en México, nos enfrenta a una realidad apenas en construcción y que, por lo mismo, plantea numerosas preguntas, algunas de las cuales, lógicamente, quedarán sin respuesta.¹ La inexistencia de los archivos de las distintas empresas editoriales nos deja sin posibilidad de adentrarnos en los tirajes, los salarios, los contratos, por ejemplo. No obstante esa carencia, la gran cantidad de materiales impresos —libros, revistas, calendarios, almanaques, periódicos, folletos— nos permite obtener información diversa, aunque debo decir que muy dispersa y que, por lo mismo, se convierte en un material difícil de maniobrar; el volumen de la producción editorial representa en sí mismo una dificultad para su manejo. Sin embargo, el tema adquiere gran atractivo, dado que por medio de él podemos acercarnos a los diversos proyectos coincidentes con la creación del Estado nacional, en un siglo que inicia con la independencia y

que genera la construcción de una nueva comunidad cultural, nacida de las inquietudes del nuevo país, en donde los impresos jugaron un papel importante.

Imágenes, formas, valores, conceptos y representaciones colman las páginas de impresos y nos encaminan a la apropiación de lo escrito o mejor dicho de lo impreso. En efecto, una de las características del siglo XIX es la voluntad por desarrollar la educación, por crear una nueva vida política y un nuevo espacio público, y por liberar de las trabas coloniales al mundo de la edición. Asimismo, es en esa época en la que existe una tendencia a la asimilación de los contenidos para adoptar, adaptar y, muchas veces, hasta recrear “los referentes editoriales” sugeridos en tinta y papel, provenientes de otras latitudes y coadyuvar, de alguna manera, a formular una representación nacional.

De eso se trata la historia de la edición en el siglo XIX mexicano, en la cual se nos presenta una revolución continua en la producción —por la cantidad de ejemplares, por la variedad de los formatos y por las técnicas empleadas— que está en estrecha relación con el auge de los talleres de imprenta y con la paulatina incorporación de nuevos operarios expertos —tipógrafos, grabadores, litógrafos— que favorecieron la producción de una gama diversa de publicaciones que transformaron el panorama editorial tradicional.

* Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora.

¹ Vale la pena señalar aquí que existen una serie de trabajos relativos a la historia del libro en México en su vertiente más tradicional, es decir desde un punto de vista de la bibliofilia y no desde la nueva historia cultural. Autores como María del Carmen Ruiz Castañeda, Ernesto de la Torre Villar o Enrique Fernández Ledesma han hecho valiosas aportaciones a la historiografía mexicana del libro.

Esta revolución se corresponde también con la paulatina integración de un mercado nacional que empujó al comercio interno —hasta extenderlo por los distintos y los distantes parajes del país por medio de los corresponsales— y al externo, que favoreció la incorporación de diversas expresiones impresas provenientes de otras naciones, en clara coincidencia con la creación de los Estados nacionales y en concordancia con los planteamientos del liberalismo económico, en busca, entre otras cuestiones, de mercados.

Debe decirse que la aparición tan temprana de la imprenta en Nueva España, siglo XVI, repercutió en la presencia cotidiana de las publicaciones entre la población, publicaciones que guardaron relación directa con la vida religiosa y con la política —aunque de manera muy limitada (expresada en bandos, disposiciones, decretos, edictos, órdenes)—, pues esos temas fueron prioritarios entre los impresos desde los albores de la vida colonial. Se estima que durante el periodo colonial, la producción de las prensas novohispanas alcanzó apenas 19,000 impresos.² Por lo mismo, se justifica la presencia de los textos extranjeros en la Nueva España, que llegaron a conformar gran parte de los fondos de las bibliotecas de los seminarios, de los colegios y de los hombres letrados. Una cultura libresco —constituida por textos eruditos y clásicos— caracterizó esa etapa, acompañada siempre de la “otra literatura”, a la que podemos llamar popular, a la que estuvieron ligados los habitantes en general, a través de las devociones, los calendarios, los pronósticos, las crónicas cortas, las odas, los cantos, los versos o las fábulas que se imprimieron en respuesta a las inquietudes religiosas, literarias e incluso científicas de la vida colonial.

En esta historia de la edición, el siglo XVIII representa un gran momento de la imprenta en México por la cantidad de materiales impresos y por la calidad con la que se ejecutaron. Entre 1795 y 1812 encontramos, según la compilación que realizó José Toribio Medina, un total de

1,393 títulos, cantidad muy representativa por el periodo tan corto del que hablamos y cuya producción corresponde al 7.3% de la producción colonial total, cuya mayor parte, como ya señalamos, se orienta a materiales de corte religioso: devociones, himnos, indulgencias, ejercicios, sermones, pastorales, entre otros. No sería una exageración decir que estos impresos reflejan el apego a las prácticas devotas, como ya se mencionó, y a la presencia omnímoda de la Iglesia como institución rectora de la vida. No obstante esta afirmación, vale la pena señalar que los impresos también dieron cabida a otras expresiones de la vida diaria con la presencia de las gramáticas o los ceremoniales, los catones y los catecismos, a los que debemos añadir las famosas gacetas como *El Mercurio Volante* de Ignacio Bartolache o las *Gacetas de Literatura* de José Antonio Alzate o los trabajos de Antonio León y Gama cuyos contenidos científicos reflejan las nuevas inquietudes de la generación ilustrada que entendió el valor de lo impreso y lo instrumentó como fórmula de divulgación del conocimiento.

No obstante esta apreciación, los impresos a lo largo de la etapa colonial revelan el lento transitar de la imprenta en la Nueva España con unas pocas decenas de talleres de impresión —sujetos al privilegio real, por lo mismo limitados, y esparcidos en distantes puntos de la amplia geografía novohispana—, vigilados por la censura y con escasas fórmulas editoriales. Pero, a pesar de estas características, representan la base sobre la cual se erigió el nuevo periodo de la historia de la edición en México y su rápido desarrollo en el siglo XIX. Al despuntar esa centuria, se publicó el *Diario de México*, el primer cotidiano (1805-1817), corolario del círculo literario de la Arcadia, con artículos científicos y artísticos y, “por primera vez en la prensa mexicana, de nociones económicas, sociológicas y de administración pública.”³ Este hecho manifiesta una vez más que esta porción de América

² Emma Rivas Mata, *Bibliografías novohispanas o historia de varones eruditos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, p. 18.

³ María del Carmen Ruiz Castañeda, *Índice de revistas literarias del siglo XIX*, México, UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, 1987, p. 14.

se inscribió, aunque tardíamente, al proceso general que marcaba Europa en el que se percibe una aceleración del tiempo.

Las imprentas se multiplican

Entre 1810 y 1821, la guerra de independencia se ofreció como un espacio propicio para la manifestación de motivos —realistas o insurgentes— en estrecha relación con los acontecimientos bélicos, ejercicio dentro del cual se promovió el desarrollo de los periódicos, como medio para alcanzar a muchos. La independencia de México en 1821 proclamó también el ejercicio pleno de la libertad de escribir, imprimir y publicar ideas políticas sin necesidad de licencia o aprobación, herencia de las discusiones parlamentarias de Cádiz⁴ y con ello el fortalecimiento de la industria editorial que se construiría a lo largo del siglo XIX.

Debemos señalar que si bien hablamos de una producción constante y en aumento, a lo largo del periodo comprendido entre 1808 y 1821 solamente había unas 60 imprentas, grandes y pequeñas, esparcidas a lo largo del inmenso territorio novohispano y que muchas de ellas fueron tan sólo la expresión momentánea de los avatares de la guerra —como las imprentas trashumantes de los ejércitos insurgentes. Sin embargo, algunas sobresalieron por la cantidad

⁴ Cabe recordar que las Cortes de Cádiz habían dictado en la isla de León un decreto sobre la libertad de imprenta que sería promulgado por el virrey Venegas en Nueva España, casi dos años después, el 5 de noviembre de 1812. La ley de 10 de noviembre de 1810, incluida en la Constitución de Cádiz de 1812, estableció la libertad de escribir, imprimir y publicar ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación. Sin embargo, contemplaba algunas precisiones tales como hacer responsables a los autores e impresores por el abuso de esta libertad, así como restringir la libertad en cuanto a cuestiones de orden político y moral. Cabe decir que tuvo una corta vigencia, pues en 1814 la Constitución fue abolida, aunque el principio quedó asimilado como pauta para los futuros gobiernos independientes.

de impresos que dieron a luz. Podemos destacar diversas, aunque escasas, imprentas de la ciudad de México, Puebla, Guadalajara, Oaxaca y Mérida,⁵ que revelan la concentración de la producción de impresos en un espacio relativamente pequeño, el centro-sur del territorio. Sin embargo, lo desigual de su desarrollo y de los años que permanecieron vigentes en la última etapa de la vida colonial, debemos subrayar que su existencia dependió tanto de los viejos hábitos, con los acostumbrados impresos administrativos y religiosos, como de los nuevos tiempos, con las voces polémicas que caracterizarían al XIX.

Sea lo que fuere lo importante de toda esta etapa de transición estriba principalmente en las nuevas pautas que se instauraron a partir de la nueva legislación y del uso que se hizo de la libertad de imprenta —resultado de las discusiones habidas en las Cortes de Cádiz— y que se ejerció y se asumió en las colonias, aunque con una corta vigencia, tan sólo entre 1812 y 1814 y nuevamente en 1820 y 1821, periodos coincidentes con la puesta en vigor de la Constitución gaditana. A pesar de esta situación es necesario señalar que una vez obtenida la independencia, el país aprovechó las libertades —de imprenta, laboral y pensamiento— que había aprendido, libertades que fueron incorporadas prontamente por la nueva comunidad política que se constituyó.⁶

⁵ En la ciudad de México las imprentas de Juan Bautista Arizpe, José María Benavente y Socios, José María Betancourt, María Fernández de Jáuregui, Alejandro Valdés y, por supuesto, la de Mariano Zúñiga y Ontiveros. En tanto que en la provincia podemos mencionar en Guadalajara a Petra Manjares y Padilla, junto con Mariano Rodríguez y José Fructo Romero; en Mérida, Manuel Anguas y José F. Bates; en Oaxaca, José María Idiáquez; en Puebla, la del Gobierno, la Imperial, la de Moreno Hermanos, la de Troncoso Hermanos, pero, ante todas la de Pedro de la Rosa.

⁶ La libertad de imprenta y de manifestación de las ideas se establece en el artículo 31 del Acta Constitutiva de la federación, en tanto que la fracción III del artículo 50 de la Constitución de 1824 preceptúa como facultad exclusiva del Congreso general: Proteger y

Debemos reconocer tal etapa como un escenario de expresión escrita de inquietudes políticas gubernamentales y particulares que favoreció a la larga el manejo de las distintas fórmulas editoriales en la vida cotidiana de los recién bautizados “ciudadanos”, a través de los llamados semanarios políticos, los periódicos, las cartillas o los catecismos de los deberes ciudadanos que sirvieron de vínculo entre las autoridades y sus gobernados o entre los distintos ciudadanos. Los impresos, expresión de los nuevos tiempos independientes, conllevaban conceptos “modernos” y representaron una vertiente más de las nuevas prácticas políticas desarrolladas por la nueva comunidad ciudadana. En una palabra, se trata entonces de difundir una nueva terminología, una nueva legitimidad y familiarizar al pueblo con ellas y en esta labor los impresores jugarán lógicamente un papel fundamental. Pero no sólo eso, este nuevo tiempo de crecimiento está en relación directa con un cambio paulatino en la presentación, en la diversificación de formatos y géneros editoriales y sobre todo en la creación editorial, entendida como un rediseño estético que gracias a las nuevas técnicas de impresión y de producción, permiten establecer nuevos parámetros dentro de la presentación formal de las publicaciones.

Resulta por demás significativo el aumento paulatino que se ostenta en el número de imprentas —grandes y pequeñas—, resultado de las libertades proclamadas, hablamos para el periodo que nos ocupa, 1821-1855, de cerca de tres centenas de imprentas en el país, número muy elevado si consideramos las 40 que existían en el siglo XVIII es decir, se incrementa alrededor de siete veces el número de talleres, con el consecuente efecto multiplicador de cultura

arreglar la libertad política de imprenta, de modo que jamás se pueda suspender su ejercicio, ni mucho menos abolirse en ninguno de los estados y territorios de la federación. Felipe Tena Ramírez, *Leyes fundamentales de México. 1808-1957*, México, Editorial Porrúa, 1957, pp. 159 y 174.

impresa.⁷ La ciudad de México refleja fielmente este proceso al aumentar año con año estos establecimientos. Vale la pena destacar aquí la importancia del oficio y la oportunidad de trabajo que representó entre los habitantes de las ciudades (pues la imprenta se considera dentro de los oficios urbanos), y recordar que en las ciudades estaban asentadas las principales instituciones civiles y religiosas, instituciones fundamentales para la demanda de publicaciones.

El crecimiento paulatino de los talleres⁸ revela la ampliación de un mercado y la cada día mayor oferta de impresos. Al destacar la actividad cotidiana de los impresores-editores encargados de satisfacer las solicitudes de los lectores, las necesidades de impresión de las autoridades, así como la innovación constante de las propuestas editoriales, se percibe el proceso de desarrollo y modernización de las labores de edición, proceso en el cual concurren diversos factores. Sin embargo, vale la pena señalar que en estos primeros años de vida independiente, una nueva generación de impresores se incorpora al mundo editorial mexicano para quienes la calidad, en un primer momento, no se constituye en el centro de su actividad, sino más bien se orienta a la satisfacción inmediata de las solicitudes de un mercado en plena expansión y de las nuevas exigencias marcadas por el nuevo tiempo. Por ello, los talleres producen gran cantidad de folletos y hojas volantes en los que la pre-ocupación estética es secundaria, pues ante todo

⁷ El número se obtuvo a partir de los pies de imprenta de los registros contenidos en el *Catálogo de la Colección Lafragua*. Véase Laura Suárez de la Torre, “Monumentos en tinta y papel: batallas por la modernidad. El mundo editorial de la primera mitad del siglo XIX”, en Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), *François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004.

⁸ Véase *Constructores de un cambio cultural...*, en esta obra se aprecia claramente el desarrollo paulatino de las imprentas más relevantes de la ciudad de México y se constata la evolución y diversificación de las publicaciones. Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México. 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003.

lo que importa es producir para una sociedad en tránsito, preocupada por el paso del estatus de colonia a país independiente, encargada de la construcción de la nueva nación e interesada en manifestar —a través de los impresos, principalmente folletos y periódicos— sus propuestas políticas por medio del debate y la polémica.

Vale la pena señalar también las continuidades y transformaciones de la imprenta entre el periodo colonial y el independiente. En efecto, gacetas,⁹ calendarios, libros y folletos estuvieron presentes en la etapa virreinal, pero adquirieron nuevas fisonomías en el periodo independiente, en el que se presentan, paralelamente, otras propuestas editoriales que renuevan y replantean el mercado editorial y que responden tanto a los intereses de la comunidad de impresores como a los requerimientos de una sociedad excitada por los acontecimientos. Se incorporan, por ejemplo, las revistas literarias y las novelas de folletín, como representantes novedosos de la literatura, así como los libros, bajo una nueva concepción, en tanto que los periódicos se presentan en relación directa con la creación del Estado y cultura nacionales. Pero si bien se percibe toda una intención creadora a lo largo del XIX, es necesario subrayar la paradoja esencial entre el aumento de publicaciones y el analfabetismo¹⁰ reinante que caracterizó a la población mexicana, mismo que podría representar un freno natural para el desarrollo del ámbito editorial. No obstante esta realidad, el siglo de la independencia y de la formación del Estado nacional es una centuria en la que el dinamismo de la edición representa una faceta comprensi-

⁹ Dedicadas preferentemente a la difusión de la ciencia y de la técnica, en tanto hijas del enciclopedismo y la Ilustración.

¹⁰ Desgraciadamente carecemos de cifras confiables al respecto. Sin embargo, se puede inferir el alto grado de analfabetismo por la preocupación que existió en las nuevas autoridades de la época independiente por ampliar la educación a diferentes sectores de la población y acabar con el monopolio de la Iglesia en asuntos educativos. Las diferentes fuentes hablan de un 10% de población letrada.

ble, pues es el complemento indispensable de las aspiraciones del espíritu ilustrado en el que la educación y la lectura van de la mano y en el que una nueva comunidad cultural trabajará desde distintos espacios y se hará responsable de dar a luz diversas publicaciones. En este sentido, es necesario destacar aquí el papel desarrollado por los impresores-editores, que contribuyeron a la formación de esa comunidad en tanto responsables de dar forma material a las aspiraciones políticas y culturales de las élites del país.

Formatos distintos, funciones diversas, contenidos varios: las nuevas propuestas editoriales (1821-1855)

La independencia representa un parteaguas en la historia nacional y dentro de este hecho irreversible debemos considerar a las publicaciones como medios de comunicación, de unificación y de uniformidad fundamentales. Los impresos se constituyeron en voceros de las distintas facciones y grupos políticos, fueron la expresión cotidiana de las autoridades para hacerse valer y hacerse notar, representaron una necesidad ciudadana de manifestación y preocupación diaria, formularon las propuestas intelectuales de las asociaciones culturales, sirvieron de apoyo imprescindible en la educación, apoyaron complementariamente a la religión, se ostentaron como medio de información y entretenimiento, hasta convertirse en los acompañantes naturales en los distintos espacios públicos y privados de los recién denominados mexicanos. En las casas, las iglesias, los cafés, las escuelas, las tertulias, las asociaciones, las logias, las plazas, las barberías, las librerías, los jardines, los mercados o las pulquerías se adquirieron, se allegaron, se acercaron, se vincularon o se discutieron distintos medios impresos que contribuyeron a crear o a ampliar la visión política, literaria, histórica, científica, tecnológica, artística o humorística de los habitantes de las distintas poblaciones, así como a formar y promover la llamada opinión pública y a favorecer distintas expresiones de sociabilidad. La

diversidad de las publicaciones periódicas surgidas después de la independencia es un fuerte indicio de lo aquí afirmado.

Los 342 títulos recogidos en la obra *Publicaciones periódicas mexicanas... 1822-1855*¹¹ reflejan, por ejemplo, este crecimiento cotidiano de impresos periódicos —diarios y revistas— que salpicaron el espacio mexicano y que expresaron las expectativas comerciales de los empresarios-editores, al tiempo que revelaban los misterios de la creación de una cultura política nacional tejida, día con día, con preocupaciones varias, reflejadas en los distintos medios impresos. De ellos, 178 corresponden a la ciudad de México, manifestación de un obvio centralismo político y cultural.

Los nombres de Alejandro Valdés, Ignacio Cumplido, Vicente García Torres, Manuel Murguía, José Mariano Fernández de Lara, en la ciudad de México; en Guadalajara, Dionisio Rodríguez, Urbano Sanromán, Juan Osorio Santos; en Puebla, Pedro de la Rosa; en Michoacán, Ignacio Arango; en Campeche, José María Peralta; en Mérida, Cesáreo Anguas; en Oaxaca, Manuel Rincón; en Querétaro, Francisco Frías; en Toluca, Juan Matute y González; en Veracruz, Juan Priani, José María Blanco y Teodosio Aburto, representan tan sólo a unos de los muchos impresores de los periódicos y las revistas de este tiempo en donde una nueva generación —no sólo por la edad sino por la novedad con que trabajó— se hizo presente y compitió con los viejos representantes de la edición colonial. Fueron ellos los responsables de ofrecer periódicamente este género de publicaciones en distintos lugares de la República y fueron también los garantes de hacerlas cada día más populares, a tal punto que el *Almacén Universal* lo manifestaba de la siguiente manera:

¹¹ Este trabajo no es exhaustivo en tanto que no recoge todas las publicaciones periódicas de la República Mexicana, pero sí es muy representativo del dinamismo con el que se presentó la edición periódica en esta etapa. Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (coords.), *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1822-1855*, México, UNAM, 2000.

Ya los periódicos han llegado a hacerse en el día de tan indispensable necesidad como tomar café o chocolate por la mañana. Se espera el correo que trae dichos periódicos con la misma ansiedad que un jugador de la lotería está pendiente el día de la extracción de los números que ha jugado. De aquí proceden los discursos, las reflexiones, los comentarios y las disputas que avivan la conversación. En Inglaterra y en los Estados Unidos de América la prodigiosa difusión de estas hojas volantes ha difundido la instrucción por todas las clases de la sociedad, y ha aumentado el patriotismo de los ciudadanos, porque les ha hecho tomar una parte activa en los negocios públicos...¹²

En tanto necesario, alimento y sensación de apremio, los periódicos revelan la existencia de un nuevo tiempo, expresan nuevas prácticas, una voluntad de afirmar el rol pedagógico de la prensa y reflejan los anhelos de una sociedad renovada con fuertes tintes políticos.

No cabe duda de que este hecho se manifiesta claramente en los nombres con los que se bautizaron las publicaciones, las que expresan en pocas palabras las inquietudes y aspiraciones políticas de este tiempo de formación nacional: *El Federalista* (México, 1823), el *Oaxaqueño Constitucional* (Oaxaca, 1830), la *Aurora de la Libertad* (Puebla, 1832), *El Demócrata* (México, 1833), el *Diario de la Revolución* (Guadalajara, 1833), el *Reformador. Periódico Diario del Estado Libre de México* (1833-1834), *La Oposición* (México, 1834-1835), *El Santanista Oaxaqueño* (Oaxaca, 1835-1839), *El Conciliador* (Veracruz, 1839-1840), *El Siglo XIX* (1841-1858), *El Monitor Republicano* (1844-1852), *El Defensor de las Leyes* (México, 1845), *El Republicano* (México, 1846-1847), *El Porvenir del Estado Libre y Soberano de México* (Toluca, 1848) o *La Unión Liberal. Periódico Oficial de Campeche* (Campeche,

¹² “Utilidad y ventajas de los periódicos” en *Almacén Universal*, México, Imprenta de Miguel González, 1840, p. 53.

1855-1857). Todos estos títulos se convierten en ejemplos representativos de las pretensiones políticas y de los debates surgidos a su alrededor.¹³

Pero a más de los títulos, los contenidos encierran los sueños de los grupos en conflicto que aprendieron de otras realidades discursos y lecciones que pretendían instaurarse en el nuevo escenario o que buscaban combatirse por ir en contra de la tradición. Los artículos periodísticos contienen referencias constantes a autores tales como Jean-Jacques Rousseau, Montesquieu, Benjamin Constant, Jeremy Bentham, George Washington, Edmund Burke, Gaspar Melchor de Jovellanos, referentes para el ideario político nacional, testimonian la lectura de obras extranjeras —francesas, inglesas y también de ilustrados españoles— y revelan la necesidad de acudir a “otros” —los más citados teóricos— para garantizar el éxito en los asuntos públicos, según lo demuestran las experiencias foráneas. La presencia de esos y otros autores nos habla de un aprendizaje crítico en el ocaso de la colonia y de su desarrollo con la independencia, cuando florecieron la discusión y la polémica y cuando los grupos políticos se definieron a través de la prensa.

En la etapa 1821-1855, en que el país se debatía entre la guerra —por la veintena de levantamientos políticos y las tres invasiones extranjeras—¹⁴ y la paz —hecha de agudos problemas—, se utilizaron entonces, plenamente, los medios periodísticos mientras se desarrolló la mordacidad de la sátira política con publicaciones como *El Mono* (México, 1833), *El Mosqui-*

to Mexicano (México, 1834-1839), *El Payaso de los Periodistas* (Oaxaca, 1839), *La Bruja* (México, 1841-1842), *Don Simplicio* (México, 1845-1847), *Don Bullebulle* (Mérida, 1847), *El Diablo Verde* (Querétaro, 1849-1850), *La Linterna de Diógenes* (Oaxaca, 1850), *La Pulga* (Querétaro, 1851), *Las Cosquillas* (México, 1852). Estos impresos sacaron a relucir —en prosa o en verso y a veces en caricaturas— el coraje de los autores de artículos periodísticos hacia sus oponentes políticos y la fuerza de una sociedad —representada en los editores, unos cuantos, siempre los mismos entendidos— que desafió con la letra impresa a los gobiernos nacionales o locales y a los personajes encumbrados de la administración pública. Denostando y criticando con su pluma y junto con la imagen las disposiciones y los errores de la autoridad, convocaban en los diferentes espacios públicos a los lectores y comentaristas de la actualidad, creando diversas esferas de discusión y reflexión, coadyuvando a la construcción de la opinión pública y poniendo en crisis a los diferentes grupos en el poder.

Estos nuevos espacios públicos de expresión favorecieron el conocimiento no sólo de la vida política, tan agitada y tan polémica a lo largo de la centuria, sino que sirvieron también de foros abiertos de expresión desde muy diversos aspectos, privilegiando necesariamente las cuestiones de la vida pública. En sus páginas encontramos los debates del Congreso, las problemáticas de los ministerios y las resoluciones, las biografías de hombres célebres —dignos ejemplos por seguir— así como noticias del extranjero y diversos ensayos literarios. Por su contenido variado y rico los periódicos, como ya se señaló, adquirieron popularidad, se insertaron en la cotidianidad de los mexicanos y favorecieron el desarrollo de la publicidad comercial.¹⁵ Los distintos empresarios de la edición revelan esta

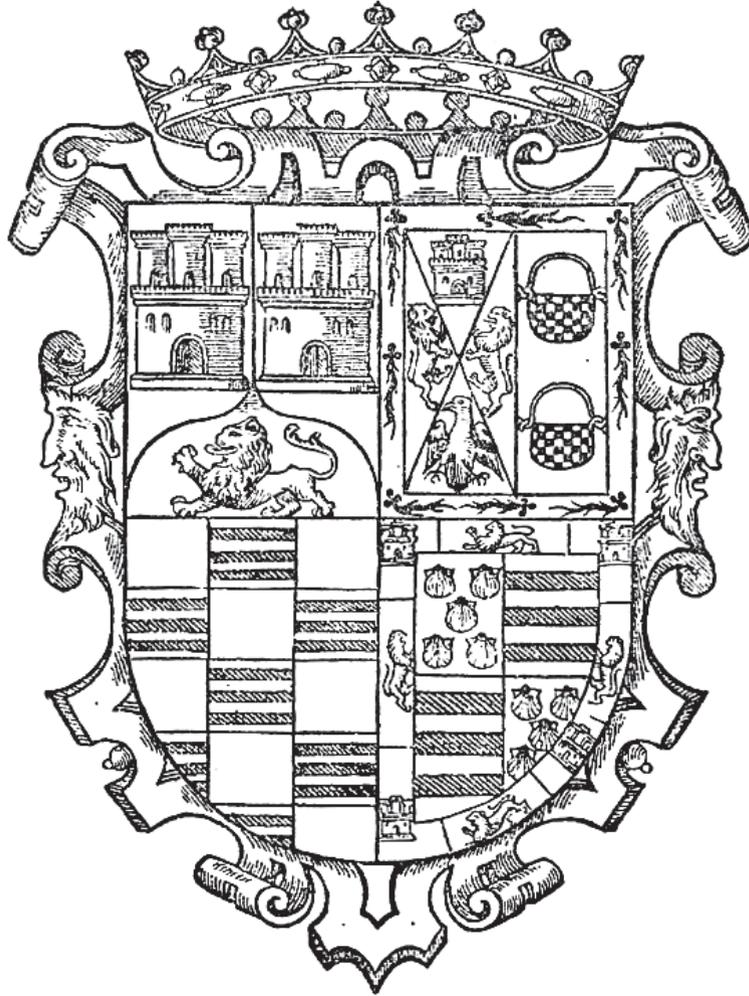
¹³ Cabe decir que la lista de periódicos es muy numerosa. Baste reiterar aquí la importancia de periódicos como *El Águila Mexicana* (México, 1823-1828), *El Sol*, (México, 1823-1832) *El Siglo XIX* (México, 1841-1896, con sus distintas épocas), *El Monitor Constitucional* y, más tarde, *El Republicano* (1844-1896), *El Universal* (México, 1848-1855), *El Omnibus* (México, 1851-1856), que lograron mantenerse en el gusto de los lectores por espacio de varios años y hasta décadas.

¹⁴ La guerra con Estados Unidos entre 1846 y 1848, obligó a México a firmar un tratado de paz en el que se estipuló la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano.

¹⁵ En la publicidad se reflejan los avatares habituales de una población que manifestó en esos espacios sus necesidades: una casa, la ayuda de servicio doméstico o un lugar en la diligencia; de la misma manera, allí se asomaba para leer las ofertas de libros, revistas, calendarios, folletos o estampas, así como ungüentos, peines

VOCABVLARIO
EN LENGVA CASTELLANA Y MEXICANA, COM-
puesto por el muy Reuerendo Padre Fray Alonso de Molina, dela
Orden del bienauenturado nuestro Padre sant Francisco.

DIRIGIDO AL MVY EXCELENTE SEÑOR
Don Martin Enriquez, Visorrey de la nueva España.



EN MEXICO,
En Casa de Antonio de Sotomayor.
1571.

Portada del *Vocabulario* de fray Alonso de Molina, impreso en México en 1571.

nueva faceta comercial en el mundo de la impresión con la inserción de una sección de anuncios —por lo general en la página cuatro— en la que se ofrecía tanto las obras de los propios impresores como la singular visión de la cotidianidad de los mexicanos decimonónicos, quienes establecieron un nuevo vínculo, el de cliente ante el editor-impresor, el del ciudadano común ante el empresario editorial.

Debemos añadir también que las publicaciones periódicas se constituyeron en espacios idóneos para ensayar las plumas mexicanas, dibujando el imaginario nacional que, día a día, ganaba terreno en las páginas impresas. Los ideales de la nación los escribieron autores que permanecieron, a veces, en el anonimato. Sin embargo, debe decirse que el mundo de los autores se amplía, pero se presenta escaso. En efecto, “los periodistas” —entonces no profesionales— eran a la vez autores de ensayos literarios o históricos y hombres políticos, y definían con sus escritos el pasado, el presente y el futuro de la nación. Representan las voces de quienes encabezaron la función pública y que, en conjunto, conformaron la élite intelectual del país, congregada en la capital al ocupar cargos dentro de la administración pública. Los ensayos de estos autores-políticos —vinculados necesariamente a los impresores-editores—, no solamente proponen una visión idealizada del México que estaban construyendo, sino también conforman la comunidad literaria del nuevo país que estará presente en distintos géneros editoriales y que logrará alcanzar diversos y lejanos puntos del territorio nacional.

o pomadas. Esta publicidad, poco a poco, comenzó a convertirse en una fuente de ingresos para los impresores encargados de dar a luz las distintas publicaciones periódicas; ella respondió a los intereses diversos de los compradores-buscadores y de los vendedores-promotores. Diarios como *El Siglo XIX* de Ignacio Cumplido o *El Monitor Republicano* de Vicente García Torres, o los calendarios de Mariano Galván o *Don Simplicio* de la Imprenta de la Sociedad Literaria o *El Eco del Comercio*, salido de la tipografía de Manuel Payno, hijo, o *La Civilización* de Juan R. Navarro, contaron con una sección fija dedicada al servicio de la comunidad.

Si los periódicos se ostentan como el gran triunfo editorial, por la variedad con que surgen, por la riqueza de contenidos políticos, por la relación que establecen con el público —en tanto formadores de opinión, en cuanto voceros de grupos políticos, en tanto creadores del ideal nacional, en cuanto espacio para el lector—, las revistas literarias se incorporan al ámbito mexicano desde 1826 con la publicación de *El Iris*, obra de los italianos Claudio Linati y Florencio Galli, así como del cubano José María Heredia. *El Iris* se ostentó como periódico crítico literario, pero en realidad debemos considerarlo como la primera revista literaria que introduce la litografía en México. Ella abrió nuevas posibilidades al representar un nuevo género editorial, acogido con gran entusiasmo por los impresores-editores mexicanos. Isidro Rafael Gondra, Ignacio Rodríguez Galván, Mariano Galván, el Conde de la Cortina, Miguel González, Vicente García Torres, José Mariano Fernández de Lara, Juan B. Romero, Juan R. Navarro, Ignacio Cumplido, Rafael de Rafael, Francisco Zarco, Anselmo de la Portilla, Luis G. Ortiz fueron nombres vinculados a este género editorial, inspirado en revistas extranjeras.

Así, al *Iris* siguieron los proyectos editoriales de revistas inspiradas en referentes franceses como *El Recreo de las Familias*, 1837-1838 (*Le Musée des Familles*), *El Mosaico Mexicano*, 1836-1842 (*La Mosaïque*), *El Museo Mexicano*, 1843-1846 (*Le Musée*), *El Liceo Mexicano*, 1844 (*Le Lycée*), *La Ilustración Mexicana*, 1851-1855 (*L'illustration*, 1843-1944), por citar las más representativas de la ciudad de México. Son ellas las que en un primer momento reprodujeron artículos de sus referentes europeos, es decir, de los ingleses *Register of Arts*, *The Family Magazine*, *The Albion*, *Penny Magazine*, de los franceses *Magasin Pittoresque*, *Courrier des Familles*, *Musée des Familles* o de otras revistas ilustradas españolas como *El Artista*, *El Instructor*,¹⁶ o incluso de la *Enciclopedia* y de

¹⁶ *El Instructor* era en realidad una revista inglesa que se publicaba en español.

diversos diccionarios cuyos artículos, en un primer momento, fueron traducidos y reproducidos en las páginas de las revistas mexicanas. Sin embargo, es necesario señalar la paulatina mexicanización de estas publicaciones al dejar, poco a poco, las reproducciones extranjeras para formar, dentro de sus proyectos editoriales a los que serían destacados autores mexicanos. Como ejemplo podemos mencionar a Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Luis de la Rosa, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, Juan N. y José María Lacunza, Fernando Calderón, José Fernando Ramírez,¹⁷ quienes, en distintos momentos, fueron convocados por los editores y agrupados en torno a los distintos prospectos de revistas o en la creación de las mismas, resultado de las aspiraciones de grupos académicos, de sociedades literarias,¹⁸ cuya vocación era elaborar una cultura nacional.

Es necesario destacar aquí esta nueva mancuerna establecida entre autores y editores-impresores o entre artistas —grabadores y litógrafos— e impresores-editores o entre asociaciones y editores-impresores que representan las aspiraciones de una élite intelectual que personalizó los intereses culturales del nuevo país y que instauró por decisión propia establecimientos literarios —en su más amplia acepción— dedicados a llenar el vacío que significó el tránsito entre la vida colonial y la independiente —con sus nuevos proyectos de educación—. Baste mencionar aquí que a lo largo del XIX se crearon distintas asociaciones literarias con necesidades editoriales. Entre 1818 y 1855 encontramos alrededor de 18 sociedades en la ciudad de México que dieron lugar a algunas

¹⁷ Autores que lograron legitimidad con sus escritos, que encabezaron los grupos políticos de distintas tendencias y que gozaron de autoridad por sus escritos. En este sentido es muy importante destacar el papel que posee la letra impresa en tanto valor de verdad y de conocimiento.

¹⁸ A lo largo del XIX se crearon distintas asociaciones literarias. Entre las que sobresalen la Academia de San Juan de Letrán, el Ateneo Mexicano, el Liceo Hidalgo.

revistas de este género. Cabe decir que la intención de éstas era educar y entretener, y que por ello poseyeron un carácter misceláneo dando cabida en sus páginas a ensayos de muy diversa índole, ya de ciencia, arte, literatura, arqueología, historia, tecnología, con sentencias de autores entonces calificados de “universales” —Lamartine, Lafontaine, Goethe, Winkelmann, Pascal, Cervantes—, con variadas partituras, y salpicadas con bellas ilustraciones, escogidas cuidadosamente por los impresores-editores hasta convertirlas en el gancho ineludible para su venta. En ellas se evocó el paisaje nacional, la historia, las costumbres y las tradiciones en un intento por bosquejar algunos de los elementos constitutivos del ser nacional. Muchos fueron los prospectos que surgieron, muchos lograron concretarse, aunque no todos ellos corrieron con éxito.

Si bien la falta de suscriptores fue la persistente queja de los editores, éstos se veían en la necesidad de inventar constantemente nuevas revistas para su potencial público. Baste decir que para la ciudad de México encontramos para el periodo 1826-1856 un total de 60.¹⁹ Dirigidas a distintos públicos —masculino, femenino, infantil, artesano—, manifiestan el interés de los impresores-editores por ampliar el mercado, revelan las estrategias de este sector para captar lectores y ofrecen el espacio idóneo para el diseño de nuevas propuestas editoriales. El carácter misceláneo de los artículos y la intención misma de sus editores buscó alcanzar a muchos sectores de la población. Llenar las páginas con diversos temas de interés general, incorporar imágenes que llamaban la atención de quienes las hojeaban y concebir cada proyecto desde un punto de vista estético, se convirtieron en la gran estrategia editorial. Podemos señalar que estas revistas cumplieron con el

¹⁹ No se consideraron en este recuento los calendarios porque a ellos me referiré más adelante. Véase María del Carmen Ruiz Castañeda, *Índice de revistas literarias del siglo XIX (ciudad de México)*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999.

objetivo bien claro de educar y entretener, al mismo tiempo que fungieron como convocantes de la intelectualidad mexicana llamada a crear la identidad nacional, evocando en algunos ensayos el paisaje, los monumentos, los héroes o los acontecimientos mexicanos para establecer con ellos las primeras representaciones de lo “nacional”.

Es necesario señalar aquí el proceso de laicización que se dio a lo largo del siglo XIX y que tuvo como finalidad minar el poder de la Iglesia, en tanto rectora de conciencias y propietaria de una gran riqueza económica. Distintos medios impresos se utilizaron para socavar la imagen eclesial: ya en artículos periodísticos, ya en folletos, ya en novelas de folletín, los “autores liberales” parecían encabezar una cruzada en contra de la única institución que se ostentaba paralela en poder al nuevo Estado. De hecho, esta institución ya antigua y consolidada, era la principal rival del Estado en formación. Los ataques a la religión, a los “valores tradicionales” y la difusión de novelas con literatura considerada “peligrosa”, de literatos tales como Eugène Sue, autor de *Martín el expósito*, o Alexandre Dumas y sus *Tres mosqueteros*, y los autores ilustrados, responsables de la “filosofía del error” por la crítica constante a la Iglesia, motivaron la publicación de distintos órganos informativos y formativos de opinión, creando empresas editoriales en las que participaron eclesiásticos y civiles.²⁰ *La Cruz* (Guadalajara, 1824), *El Defensor de la Religión* (Guadalajara, 1827-1833), *El Amigo de la Religión, Agricultura, Política, Comercio, Ciencias y Artes* (Puebla, 1839-1840), *El Ilustrador Católico Mexicano* (México, 1846-1847), *El Observador Católico* (México, 1848-1850), *La Voz de la Religión* (México, 1848-1851), *El Espec-*

tador de México (México, 1851-1852), *La Civilización* (México, 1852) y *La Cruz* (México, 1855-1858) representan tan sólo algunas de las vías a través de las cuales se estableció la defensa de la religión, y con las cuales se pretendió frenar el avance de las nuevas posturas anticlericales y de las ideologías modernas.

Estas publicaciones responden a otros intereses políticos y convocan en otros términos a un grupo de editores y escritores²¹ comprometidos con su fe, la Iglesia militante, como la define Othón Nava, dispuesta a producir materiales católicos para orientar las conciencias, combatir los peligros de las teorías liberales y recomendar lecturas de autores como Balmes, Chateaubriand, Jussieu, y de los clérigos Fénelon y Bossuet. En sus páginas se condenan posturas impías, se ofrecen lecciones catequéticas y se traza una serie de estrategias dedicadas a resguardar la importancia de la religión católica y a justificar los privilegios de la institución que en otros tiempos, los coloniales, había gozado de la simpatía de las autoridades. Estas revistas congregaron y animaron a los católicos a defender su religión y a recoger de estas publicaciones las enseñanzas tendentes a reforzar lo que quizá no se había logrado aprender en los otros espacios, los tradicionales —llámese la casa o la iglesia—. Algunas de estas revistas, junto con los impresos tradicionales tales como catecismos, sermones, cartas pastorales, libros de oraciones, de liturgia, etc., lograron hacer varios volúmenes, lo que nos habla de la respuesta de un público a propuestas editoriales afines a sus intereses, o mejor dicho de la existencia de una sociedad católica que contribuyó poderosamente a la solicitud de ediciones de contenido religioso

²⁰ En el índice de libros prohibidos por la Iglesia se encuentran como autores no recomendables. Véase la tesis de maestría de Othón Nava Martínez, “La propuesta cultural del grupo conservador a través de las páginas de las revistas católicas mexicanas, 1845-1852”, Instituto Mora, en donde se analiza el contenido de las revistas católicas y se revelan las “buenas” y las “malas” lecturas.

²¹ En México, Basilio José Arrillaga, José Mariano Dávila, Clemente de Jesús Munguía, José Joaquín Pesado; en Guadalajara, Pedro Espinosa, Francisco Espinosa y Pedro Barajas; en Puebla, Francisco Javier de la Peña; impresores de Guadalajara como la viuda de Romero, José Osorio Santos y Mariano y Dionisio Rodríguez, y en la capital a Rafael de Rafael, Juan R. Navarro y José Mariano Fernández de Lara.

que paralelamente se constituyeron en la base de muchas imprentas.

Hablando de otras publicaciones de gran demanda es necesario señalar que si las revistas fueron un lujo, fuera del alcance de casi todos, pues su precio era alto, los calendarios fueron una mercancía popular por su bajo costo y por su variado contenido, dirigido a un público que no leía mucho o que aun sin saber leer poseía la habilidad para manipular los textos.²² Estos materiales tradicionales y “necesarios” fueron rediseñados, de acuerdo con los nuevos tiempos, por los editores-impresores de la época independiente haciéndolos muy atractivos. La larga presencia de estos pequeños formatos “anuales” desde la época colonial los había hecho populares entre la población. Célebres fueron los calendarios que Zúñiga y Ontiveros realizó desde el siglo XVIII y continuó aún después de proclamada la independencia. Sin embargo, el gran auge de los calendarios, representantes directos de la cultura impresa popular, se dio a lo largo del siglo XIX. Muchos impresores-editores se lanzaron en este terreno,²³ algunos de sus nombres son familiares como lo pueden ser

²² Lise Andries, “La divulgación del conocimiento en los almanques franceses”. Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 2004, Instituto Mora, dentro de las actividades del proyecto México-Francia, Anuiet-Conacyt-Ecos “Edición y transferencias culturales en el siglo XIX” versión mecanoscrita.

²³ Otros impresores reconocidos también por estos calendarios de pequeño formato son Ignacio Cumpido, José Mariano Fernández de Lara, Vicente García Torres, Juan R. Navarro, Abraham López, Vicente Segura Argüelles, Simón Blanquel, Andrés Boix. En la capital y en la provincia la demanda fue segura. Así, por ejemplo, en Puebla encontramos a Pedro de la Rosa, Juan N. del Valle, Atenógenes Castellero y José María Macías. Los títulos de los mismos nos hablan de la versatilidad con que fueron manejados por los impresores-editores y libreros. Al tradicional *Calendario manual para el año de...*, o aquel con el nombre de su editor, se agregaron aquellos títulos vistosos como los *Calendarios portátiles* de Juan N. del Valle, o los *Calendarios religiosos* de Atenógenes Castellero, o los *liberales* de Vicente Segura, o el *Calendario de las bonitas* de Juan R. Navarro o el *curioso para las señoritas* de Manuel Murguía.

Mariano Galván o Manuel Murguía. Su interés residió en elaborar un producto editorial de gran demanda para “ser leído por toda clase de personas desde los más instruidos literatos hasta los artesanos de más reducidos conocimientos”.²⁴

Por ello, sus contenidos se enriquecieron, año con año, y a los tradicionales cómputos y santorales se agregaron conmemoraciones cívicas, pensamientos, poesías, artículos educativos, anécdotas, epigramas jocosos y biografías. Las páginas se embellecieron con pequeñas viñetas, más o menos elaboradas, grabadas en madera e igualmente se insertaron litografías. Los forros baratos de color pastel —amarillos, verdes, azules, rosas— llamaban la atención de los posibles clientes. La tónica de los impresores-editores descansó en el esfuerzo cotidiano por brindar constantes innovaciones en la presentación y en los contenidos, así como en la lucha diaria por mantener su nombre relacionado con estos libritos, fuente segura de ingresos. Estos calendarios representan una faceta ya antigua de la cultura popular y encierran en sus páginas la religiosidad no fundada en dogmas sino en festividades y preceptos que tan arraigados estaban entre el pueblo, siempre dispuesto a participar en el mitote.

A este variado mosaico de publicaciones periódicas debemos otorgar un espacio específico a los libros que entre otros asuntos se orientaron a otorgar al nuevo país una esencia definida como mexicana. La escritura de la historia significó la vía para encontrar en el pasado la justificación del presente en construcción. A partir de la guerra de independencia se percibe el interés por dejar memoria de los acontecimientos y por reconocer la acción de los hombres por la libertad, hasta constituirse en el tema central de la nueva historia en la que, a la vez, la época colonial se condena, y los ojos se tornan hasta las glorias de las culturas prehispánicas, el mito creador de la identidad nacional. Así el lejano

²⁴ Primer calendario de José Mariano Fernández de Lara para el año de 1839 arreglado al meridiano de México, México, Imprenta del autor, 1839.

pasado grandioso y el presente por definirse constituyen la esencia de la escritura de la historia en la que la idealización y el reproche del ayer, ya ido, se entrelazan para configurar tanto el presente como el futuro deseado.

Esa historia que se escribe al calor de los acontecimientos está redactada por los mismos actores políticos para justificar también los propios errores del presente. Disertaciones, cuadros, historias, memorias, reseñas, ensayos, consideraciones, apuntes, diarios, bosquejos, conforman la variada gama de presentaciones de un mismo ideal: el escribir para instruir —a adultos y a escolares—,²⁵ tratando de encontrar la grandeza destruida, pero no olvidada, y valorar la importancia de saberse libres de la dependencia hispana. En eso se puede resumir la visión que prevaleció en la historia mexicana del XIX —salvo aquella que trató de ofrecer una imagen “buena” de España y su dominación, como lo fue la obra del político conservador Lucas Alamán.

Los libros se vuelven un medio a través del cual se gesta una identificación con el pasado y con el presente a partir de un enfoque político de grandes hombres con aciertos y errores. De la pluma de eruditos —Larráinzar, Gómez de la Cortina, Alamán— o simplemente de políticos en boga —Mier, Bocanegra, Zavala, Mora,

²⁵ La primera manifestación de manuales escolares se presenta en los catecismos y cartillas elementales de historia y geografía. Hasta mediados del siglo XIX encontramos los manuales escolares que representan la génesis paulatina de la historia oficial. Véase Patricia Escandón, “La historia antigua de México en los textos, escolares del siglo XIX”, *Secuencia* 10, enero-abril de 1988. Vale la pena decir que los impresores-editores también se ocuparon de los niños desde otra perspectiva y publicaron distintos títulos infantiles. Ejemplo de ello son las cartillas, silabarios, catones, catecismos, discos mágicos. En este sentido Juan R. Navarro se ocupó de ofrecer variadas mercancías.

²⁶ Es necesario decir que algunos autores extranjeros —Alexander von Humboldt (*Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*), William Davis Robinson (*Memoirs of the Mexican Revolution*), William Prescott (*Historia de la conquista de México*)— escribieron en torno a la historia de México y ofrecieron una visión distinta de la mexicana, lo mismo ocurrió con la

Bustamante, Otero—,²⁶ se configura el grupo de escritores que encontraron en los editores mexicanos y extranjeros —Cumplido, Lara, Rosa— un apoyo para constituir un círculo más, el de autores-editores comprometidos en la realización de los proyectos culturales del siglo XIX, coincidentes claramente con la conformación del Estado nacional. Estas versiones de la historia de México, capturan el tiempo ido en palabras impresas, atrapan la memoria para generaciones venideras y generan los valores de la patria. Las historias marcan la nueva etapa nacional y encuentran en sus publicaciones el establecimiento de una nueva relación entre los autores y el público, entre las posturas “liberales” y las “conservadoras”, generadoras de debate y opinión.

Las ediciones de obras históricas fueron continuas a lo largo de la primera mitad del siglo XIX y simbolizaron el desprendimiento real y paulatino de la pertenencia a España. Sin embargo, es necesario remarcar en este espacio las ediciones que recogieron imágenes —en grabado y/o litografía— del paisaje, la arqueología, los monumentos coloniales en tanto testigos de una realidad que se estaba descubriendo e inventando y a la que contribuyeron tanto editores-impresores, libreros y artistas nacionales y extranjeros. La demostración en tinta y papel —de mexicanos(Casimiro Castro, Hesiquio Iriarte, Hipólito Salazar) y extranjeros (Karl Nebel, Joseph Decaen, Fournier)— de una grandeza que se extendía gracias a la presencia de las obras, representa otra cara más en la construcción de una identidad mexicana y la prueba de la importancia de las publicaciones en tanto difusoras de la idea de México por el lenguaje visual utilizado en las nuevas publicaciones — con sus zonas arqueológicas, con sus iglesias coloniales, con sus paisajes y paseos románticos. Obras como *Viaje pintoresco y arqueológico del alemán Nebel* (París, 1836 y 1840), *Monumentos*

visión presentada por los ilustradores extranjeros. Sin embargo, contribuyeron a despertar el imaginario histórico mexicano.

de Méjico del italiano Pedro Gualdi, editado por los franceses Joseph Decaen y Augustin Masse (México, 1841), o *México y sus alrededores*, (México, 1855) también del editor Decaen y litografiada por mexicanos, representan la explotación de un cierto “savoir faire”, a través del cual más que las palabras impresas, la belleza de las imágenes exóticas devendrá en estereotipo de lo nacional.

Estas ediciones lograron captar la atención de muchos aunque por su precio no todos pudieron adquirirlas. Sin embargo, es necesario señalar que existieron otros medios más económicos que participaron, de alguna manera, en la definición. Y es en este proceso de afirmación que la folletería también jugó un papel definitorio. Sirvió de medio para hacer pública la legislación del nuevo país y las decisiones de un gobierno que necesitaba darse a conocer, y recogía entre sus páginas los discursos públicos. Los folletos —objetos secundarios de las imprentas, según la definición de Nicole Giron— hablan de una actualidad galopante en cuestiones jurídicas, en asuntos religiosos, en adelantos científicos y tecnológicos; actualidad que expresaba también descontentos o aciertos de la política nacional y local; que permitió ofrecer las arengas y odas cívicas —reflejo del nuevo tiempo— o los sermones religiosos y cartas pastorales —presencia constante de la institución católica y de la tradición colonial—. Ellos se convirtieron en medios inmediatos y baratos de información proveniente de las distintas instancias de la sociedad. Fueron los folletos —junto con los periódicos— los responsables de incorporar a los ciudadanos en una nueva relación con la autoridad, lo que revela rasgos de una nueva cultura política; los aseguradores de transmitir nuevos conocimientos, los garantes de difundir cuestiones jurídicas, etc., es decir, los encargados de establecer nuevas sociabilidades. Así podríamos señalar otros muchos servicios que prestó este género editorial que además se convirtió en un factor decisivo para la existencia de las imprentas —grandes y pequeñas—, pues a ellas se acercaban los distintos miembros de la sociedad para hacer realidad diferentes inte-

reses contenidos en unas cuantas páginas que llegaron a inundar un mercado editorial.

Más allá de las nuevas sociabilidades políticas, se establecieron otras derivadas de la lectura. Las novelas comenzaron a difundirse en distintas versiones entre un variado público lector —hombres y mujeres— que encontró en ellas la forma de disfrutar, de otra manera, la lectura. Con ellas están identificadas las nuevas maneras de “hacer literatura” (ficción, historia, aventuras, costumbres), nuevos escenarios (con la idealización del pasado), nuevas representaciones (invento de realidades), y una nueva moral. De autores mexicanos, españoles o franceses,²⁷ las grandes novelas o novelitas se incorporaron tanto en los periódicos por entregas, como folletines, o en las revistas literarias, o como libros, entraron al ámbito mexicano con éxito y se convirtieron en un negocio redondo para los editores, quienes llegaron incluso a hacer distintas presentaciones de algunas de ellas, dada la gran aceptación que alcanzaron. Vicente García Torres e Ignacio Cumplido son un ejemplo en este sentido.²⁸

La diversidad de autores, títulos y géneros editoriales nos lleva a pensar en la capacidad de los editores-impresores para satisfacer las distintas demandas de los lectores —hombres, mujeres, niños, artesanos— así como la apuesta hacia nuevas opciones editoriales venidas del exterior que ayudaron, necesariamente, a ampliar el panorama de los libros a lo largo de la

²⁷ Antonino y Anita o *los nuevos misterios de México*, *Ironías de la vida*, *El Príncipe de Viana*, *El Periquillo Sarniento*, *Juegos prohibidos*, *Dolores, o una pasión*, *Clara Almeida*, *El torero*, *Ensalada de pollos*, *El Quijote*, *Pablo y Virginia*, *Los misterios de París* o *Los tres mosqueteros*, representan tan sólo unos cuantos ejemplos de aquellas obras que conquistaron el gusto del público.

²⁸ García Torres publicó las novelas de Eugène Sue, *Memorias de Martín el expósito*, en cinco tomos, y *Los siete pecados capitales*, en siete. El editor las publicó primero a manera de folletín y debido a su éxito las imprimió como edición separada. Cumplido compitió publicando obras de Dumas, Reybaud o Byron. Véase Nava, “Empresa...” y Pérez Salas “Secretos...”, en Suárez de la Torre (coord.), *Constructores...*, op. cit., p. 293.

primera mitad del siglo XIX. La presencia constante de autores extranjeros como los ingleses Lord Byron o Walter Scott, los franceses Eugène Sue, François-Auguste-René Chateaubriand, Alphonse de Lamartine, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, los españoles Bretón de Herreros, Mariano José de Larra, Ramón de Mesoneros y Romanos, confirma la existencia de un circuito cultural bien establecido que comprendió Inglaterra-Francia-España-México, que en realidad existía de tiempos anteriores, pero que para el XIX cobró una gran importancia.

Gracias a este eje, se introdujeron nuevas maneras de escribir, impregnadas del romanticismo y del costumbrismo de la época, modas que fueron tomadas como ejemplo por los autores mexicanos, quienes brindaron sus páginas de corte romántico y costumbrista hasta hacerlas familiares y populares entre los mexicanos.²⁹ En este sentido es fundamental la presencia de las librerías mexicanas e internacionales, las que vehicularon las ediciones nacionales y extranjeras y pusieron al día el mercado de los libros al ofrecer múltiples opciones literarias, artísticas, científicas, tecnológicas.³⁰

¿El triunfo de lo impreso?

Hasta lo aquí reseñado podemos constatar la importancia de la imprenta en México en la primera mitad del XIX, derivada, entre otras causas,

²⁹ Así por ejemplo, Ignacio Rodríguez Galván redactó “Netzula” para el *Recreo de las Familias*, Fernando Orozco y Berra escribió *La guerra de treinta años*, Manuel Payno ofreció *El fístol del diablo* como entregas para la *Revista Científica y Literaria*, en tanto que Niceto de Zamacois anunció en la prensa su novela *Los misterios de México*, que “llegó a ser célebre antes de ser publicada pues se hablaba de ella sin haberla leído”. Véase Vicente Quirarte, *Empresa...*, *op. cit.* Todas ellas seguramente gozaron de la atención de los lectores y de los “en potencia”. Los editores-impresores compitieron por esta vía y se esforzaron por dar al público las entregas más atractivas, favoreciendo el desarrollo diario de la imprenta.

³⁰ En un próximo artículo me ocuparé de este tema.

de las nuevas pautas legislativas, la ampliación de un mercado, la habilidad comercial adquirida por un grupo de impresores-editores y librereros, el mejoramiento en las técnicas de impresión, el interés por la calidad, la competencia constante, la presencia continua de referentes foráneos, etc., factores todos que se congregaron para dar lugar a un nuevo tiempo en la historia de la edición en México en la que los impresos adquieren un estatus de presencia cotidiana y necesaria entre la población, que se liga de diversas maneras a los distintos géneros editoriales que nos permiten incluso conocer las necesidades de una sociedad.

Se observa que en esta historia la derrota de la censura tradicional de la Iglesia como rectora de lecturas, posibilita el crecimiento de impresos varios hasta convertirlos, gracias a las estrategias comerciales de los editores, en una mercancía más. Baste también señalar que en esta etapa no solamente los eruditos están llamados a poseer lo impreso, sino que la diversidad con que se presentan las ediciones posibilita la adquisición de estos bienes que comienzan a extender su campo de acción en otros públicos, que hasta entonces habían permanecido restringidos a un cierto tipo de lecturas. Podemos, entonces, hablar de la ampliación de la élite intelectual, base del Estado en formación y del incremento del círculo de lectores, nuevos actores —según sexo, edad y actividad— tomados en consideración, en tanto potenciales compradores de impresos.

En este cambio en la orientación editorial, debemos tomar en cuenta una realidad que hasta ahora no ha sido plenamente estudiada y es la relativa al circuito cultural a través del cual llegaron las lecturas diversas, dirigidas a distintos públicos; me refiero a los referentes novedosos para adaptar al mercado mexicano. Debemos tener en cuenta la ruptura definitiva con España y la recomposición del comercio internacional que en el XIX adquiere una importancia creciente y que en México se asume naturalmente gracias al interés que muestran distintas naciones en el país —potencial mercado en el cual colocarán su producción—. Así,

Francia e Inglaterra sentaron fuertes bases en México y sellaron su alianza a través de distintos tratados de amistad y de comercio que signaron en el siglo XIX. Ello favoreció necesariamente el asentamiento de casas comerciales en México que trajeron las novedades, en este caso las relativas a la edición y que sirvieron de fuente de inspiración para los impresores-editores mexicanos. Con relación al comercio de los libros, la presencia de extranjeros —ingleses, franceses y paradójicamente españoles— fue fundamental y representó un lazo indispensable entre la producción mexicana para su comercialización.

Este hecho favoreció también el incremento y diversificación de la producción nacional y en esta última se perciben la convivencia entre los viejos géneros editoriales y los nuevos, entre la tradición libresca de la colonia y la renovada producción del XIX a la que se incorporaron una serie de propuestas editoriales que ensancharon la estrecha visión que se tenía respecto al mundo de la edición (aunque vale la pena mesurar esta idea al decir que la imprenta fue una presencia real desde la época colonial, como se señaló al principio de este artículo, aunque lo que sí debe remarcar es el aumento en el número de publicaciones y la importancia que adquirió el diseño editorial en tanto factor de renovación y en cuanto atractivo visual). Valdría la pena también subrayar la incorporación de una nueva generación que entendió el momento de cambio que vivía y que aprovechó las circunstancias para vincularse a la autoridad y trabajar paralelamente en la configuración de una cultura nacional. Se trata de una época que va de la transición, la ruptura con España, a la asimilación de una realidad nueva, la del México independiente, en la que las ediciones jugaron un papel de primera línea —similar al de las instituciones interesadas en crear una cultura— al servir de apoyo a los encargados de conducir al país, a delinear la idea de México y a reforzar

la presencia de la nueva autoridad que estaba erigiendo el Estado y formando una nación.

Para quienes se interesan por esta historia, no deben perder de vista la importancia de esa etapa en tanto constructora de distintas relaciones a través de los impresos entre autoridades —civiles y religiosas—, autores, editores-impresores, traductores, ilustradores, lectores, o clientes que se relacionan con el mundo de la edición y posibilitan la integración de una comunidad que entendió el valor de los impresos y encontró en ellos una manera de alimentar sus aspiraciones y su imaginación en torno a diferentes ideales. Fue en esa comunidad que los impresos sirvieron de ofensiva pero, al mismo tiempo, simbolizaron la vía a través de la cual lograron paliar sus diferencias. Representa también las voces diversas que se extendieron como resultado de la difusión de los impresos, no sólo en la plaza donde se producían, sino en otros sitios distintos y distantes de los de su origen. Esa comunidad puede entonces ser estudiada desde diferentes ángulos: político, cultural, empresarial o comercial y descubrir los motivos que la empujaron a actuar por y a través de las publicaciones como instrumentos de opinión, instrucción y recreación en un ambiente paradójicamente caracterizado por el analfabetismo. De esta manera podemos confirmar una idea que he venido trabajando y es aquella que demuestra que si bien la caracterización del siglo XIX es la inestabilidad política y el caos general, los impresos simbolizan la otra cara, aquella que tiene que ver con una continuidad cultural y que está en relación directa con la presencia continua y la variedad de los impresos. Conviene reconocer, para terminar, la presencia extranjera en México —vía los autores, las ediciones, las librerías— con referentes occidentales en clara concordancia con las aspiraciones de la élite mexicana. Esta presencia debe ser considerada como un factor más en la construcción de México y la cultura nacional, pues la persistente influencia foránea se constituyó en una realidad que había que contemplar, imitar o recrear.